

Hombres justos. Del patriarcado a las nuevas masculinidades

Hugo Fauzi Alfaro Andonie
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México
halfaro@institutomora.edu.mx

Ivan Jablonka, *Hombres justos. Del patriarcado a las nuevas masculinidades* (tr. Agustina Blanco), Barcelona, Anagrama/Libros del Zorzal, 2020.

¿Qué es lo que puede la historia? Esta pregunta ha sido aliciente de una discusión que nunca termina, que continuamente se pone sobre la mesa y a la que se ha dado muchas respuestas. Cada obra historiográfica, sin explicitarlo siempre, encierra en sí una contestación. El cuestionamiento continúa vigente y, tal vez sin pretenderlo, Ivan Jablonka, nos ofrece una respuesta relevante para nuestros tiempos en su último libro *Hombres justos. Del patriarcado a las nuevas masculinidades*.

En 2016 Jablonka publicó *Laëtitia, o el fin de los hombres*. En este libro abordó la breve vida de una joven francesa, víctima de feminicidio en 2011. Su muerte sacudió al país, su caso se hizo mediático, pero su vida, como la de tantos miles de jóvenes de la Francia marginal, permaneció olvidada, eclipsada por la atención que atrajo su muerte. Indagar en la vida de Laëtitia, historiar las estructuras sociales que condicionaron la sociedad en la que creció y vivió es una de las tareas que realizó Jablonka. En ese camino se develó una historia de vulnerabilidades que dieron comienzo en la infancia y se repitieron hasta culminar en el feminicidio. El sexismo, la violencia de género y la objetificación de las mujeres fueron ejes de esa vida, y de ese libro. *Hombres justos* es continuación y sistematización de aquellas reflexiones.

El libro se divide en quince capítulos aglutinados en cuatro grandes partes. Para ser sintéticos es conveniente presentar sólo los cuatro apartados de manera general.



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

Éstos son: 1) El reino del hombre; 2) La revolución de los derechos; 3) Los fallos de lo masculino; y 4) La justicia de género.

En el primero, “El reino del hombre”, el autor comienza por señalar que la dominación masculina es uno de los rasgos más universales del planeta, presente en casi todas las culturas, en casi todos los tiempos. Y de ahí la pregunta guía, ¿por qué?, ¿cómo la binaridad de los sexos devino en una desigualdad social? Para empezar a dar una respuesta el historiador francés se remonta a la época paleolítica, viendo cómo la división del trabajo empezó a establecer diferencias sociales,¹ aspecto que se profundizó en el neolítico y el inicio de las sociedades agrícolas. Las mujeres tornaron en recursos pues eran productoras de hombres, así como de trabajo. Desde entonces comenzó su asociación con el hogar, el cuidado, y la sexualidad.

El autor remarca que hay diferencias biológicas entre los sexos, y aspectos como el embarazo y la lactancia han sido vistas históricamente como “desventajas”, pero Jablonka es claro en señalar que esto no implica que la dominación masculina esté inscrita en lo biológico. El patriarcado —afirma Jablonka— es una interpretación de los cuerpos, consagra a las mujeres a una función y convierte su biología en destino. Su posición es clara: la defensa de la igualdad entre los sexos no se basa en una observación empírica, sino en una posición moral y ética, y por lo cual representa un absoluto que no es negociable.

A lo largo de la obra el historiador francés es enfático en diferenciar el patriarcado de los individuos que lo sostienen. El patriarcado es un sistema de pensamiento que se fundamenta tanto en una ideología como en prácticas y que no se limita a la dominación de las mujeres. La masculinidad implica también el dominio sobre otros hombres, una tradición que señala lo masculino como válido y lo femenino como inválido, lo fuerte y lo débil, la autoridad y la sumisión, y así un sinfín de contraposiciones que se expresan en el lenguaje, en la iconografía y en infinitos medios.

¹ El autor señala que los hombres se dedicaban a la caza grande, tarea de la que las mujeres estaban excluidas. Sin embargo, recientemente se han hallado evidencias, sin ser conclusivas, de que esto no era necesariamente el caso. Miguel Ángel Criado, “Las mujeres prehistóricas también cazaban grandes animales”, *El País*, 4 de noviembre de 2020. <https://elpais.com/ciencia/2020-11-04/las-mujeres-prehistoricas-tambien-cazaban-grandes-animales.html>

En la segunda parte, “La Revolución de los derechos” el autor hace un recorrido histórico en el que demuestra que toda historia de dominio es también una historia de resistencia, y que aún en las sociedades más patriarcales ha habido resquicios de libertad para las mujeres que han sido aprovechados para resistir los yugos patriarcales, aun si es dentro de su lógica.

Las revoluciones atlánticas marcan para el autor el inicio del movimiento feminista. Este corte inicial pareciera poco original, reiteración de otras interpretaciones, que coloca el punto nodal en el nacimiento de la Europa contemporánea. Sin embargo, el historiador brinda sus argumentos, y la interpretación es coherente con lo que desarrolla a lo largo de la obra. Pero el inicio del feminismo vino con sus altibajos. El autor destaca la paradójica y contradictoria dinámica de estas revoluciones que proclaman la universalidad de los derechos — universalidad que en principio incluye a las mujeres— pero que fueron acompañados por mayores restricciones hacia los derechos del sexo femenino, mostrando que la lucha por la universalidad excluía en la práctica la lucha por la igualdad de género. Pero la semilla estaba planteada, y de ahí hasta la actualidad la lucha ha sido continua. Jablonka parte de este punto y da cuenta de la diversidad de feminismos en la historia, pero más que señalar sus diferencias el autor enfatiza sus características comunes.

En el tercer apartado llamado “Los fallos de lo masculino” el autor se centra en el estudio y análisis de las masculinidades. El patriarcado exige a los hombres que fuerza, dominio y fortaleza sean ejercidos y demostrados constantemente, tanto contra las mujeres como contra otros hombres. El hombre siempre tiene que estar demostrando que es uno. En este sentido la masculinidad tiene un alto coste para los hombres que se traduce en un mayor desgaste del cuerpo y la mente: la presión de ser el sostén de la familia, de no expresar sentimientos para no mostrarse vulnerable, todo esto redundando en mayores niveles de suicidio y en una mayor tasa de mortalidad para el sexo masculino. Jablonka expone cómo la masculinidad hegemónica vive, en ciertos ámbitos de los países desarrollados, en una crisis que es consecuencia de los cambios experimentados por la sociedad actual. En este sentido la masculinidad se ve a sí misma como víctima y oprimida, y teme ser desplazada de su espacio de

dominio habitual. Como reacción se esgrime entonces la idea de que el hombre está siendo desmasculinizado y que es su deber recuperar su autoridad y que las mujeres vuelvan al hogar.

En el último apartado, “La justicia de género”, el autor recalca que no es contra los hombres, sino contra lo masculino que subyuga, contra lo que debe elevarse una política feminista. Jablonka destaca a la democracia como vía para alcanzar la justicia de género, y a la vez la justicia de género debe ser un elemento de la democracia para que ésta sea verdaderamente una. La democracia no equivale automáticamente a una mayor libertad de la mujer (puede haber democracias que vayan al sentido contrario), pero sí abre espacio para la lucha por los derechos, y en sus fundamentos (la igualdad, la libertad) subyace también la libertad de género. El autor aboga por una masculinidad de la igualdad, no se trata de negar las diferencias entre hombres y mujeres, pero de organizarlas de manera que no implique ninguna desigualdad social. No se trata de la mera paridad —advierte Jablonka— de conceder a ciertas mujeres la posibilidad de ejercer el poder de dominio patriarcal sobre otras y otros, sino de refundar lo masculino y así hacer tambalear el sistema patriarcal.

Los atributos de este libro son varios y destaco los que considero sus principales. En primer lugar, está la utilización de distintas temporalidades para el análisis. Las desigualdades están naturalizadas en las miradas que sólo tienen su experiencia como fundamento. El racismo, clasismo y sexismo —desigualdades estructurantes de nuestras sociedades— parecen siempre haber estado ahí, y por lo tanto ser un orden inmutable. Para desnaturalizar lo aparentemente perenne es necesaria la mirada de larga duración. Jablonka hace uso de esta herramienta de la historia que torna vital para su análisis. Sin embargo, es una mirada que jamás pierde de vista el presente. La larga duración es un punto necesario, pero no por ello el autor desatiende la mediana duración —el desarrollo de los estados nación, el imperialismo europeo, los movimientos feministas— así como también la corta, las experiencias vividas por mujeres y hombres. De este modo, en el análisis los individuos no quedan difuminados por las estructuras históricos-sociales, ni el contar de las experiencias vividas invisibiliza las estructuras al subrayar lo específico.

Las temporalidades —corta, mediana y larga— son tejidas de manera coherente a lo largo del relato.

Otro aspecto que destaca de esta obra es la desbordante erudición que se demuestra en cada página. Ésta, sin embargo, no se siente como un despliegue pretensioso de conocimiento; cada ejemplo, cada caso citado —de los más diversos tiempos y espacios— sirve como evidencia y prueba de los argumentos delineados. Lejos está de la verborrea pretensiosa. Ningún ejemplo dado es un dato sin sentido argumentativo. Y aunque Jablonka, como historiador francés, tiene como foco la esfera Occidental, aborda —y no como mero elemento complementario— los feminismos y masculinidades de otros espacios y culturas no occidentales.

En este sentido, un tercer elemento a destacar de este trabajo es la interseccionalidad con que aborda el tema de género. Jablonka se mantiene lejos de la romantizada y edulcorada visión de la mujer empresaria, política o intelectual que rompe el “techo de cristal” para llegar a la cúspide. Un feminismo que se limita a las mujeres de clase alta y reproduce la sujeción de otras mujeres, las de clase trabajadora, a las que delega las tareas asociadas a la mujer, y que así continúa la reproducción de las lógicas patriarcales, no es realmente un feminismo, puesto que éste es una lucha por la liberación de todas y todos.

Hombres justos es un ejemplo extraordinario del quehacer de las ciencias sociales. Jablonka construye conceptos que, con consistencia, son fundamento de su análisis a lo largo del libro. “Función mujer”, y “masculinidades de no dominación” son dos de los conceptos principales que son claramente definidos y, como buen historiador, asentados en experiencias y evidencias claras. Asimismo, propone categorías para dar orden a los temas que aborda. Por ejemplo, propone cuatro categorías de masculinidades: de ostentación, control, sacrificio y ambigüedad; otras cuatro para definir a “los enemigos” de la masculinidad hegemónica: el miserable, el judío, el negro y el homosexual; y lo hace también lo mismo para los estigmas que han recaído sobre la mujer. Todo esto pone orden al texto y construye, a la vez, una estructura de análisis.

Por último, no sobra mencionar el ya reconocido estilo ágil y bello del autor. A esto habría que agregar que la edición en español, a diferencia de la edición francesa,

coloca las notas a pie de página lo que facilita ir descubriendo y relacionando, con más facilidad, las muchas obras utilizadas por Jablonka.

Hombres justos se adentra a uno de los grandes problemas actuales, y de nuestra historia, dar cuenta de ese pasado que condiciona nuestra actualidad ha sido la labor a la que Jablonka se abocó. Una obra historiográfica que, con los pies puestos en el presente, plantea una nueva utopía para nuestro siglo: la de formar hombres justos. Y esto es lo que puede la Historia.